
ROMANCE DE GUERRERO Y ROSAINS.

Frente á frente están las tropas
Viéndose desde unos cerros,
De Rosains el cauteloso,
Del ofendido Guerrero
Le hace cuatro intimaciones
De que se rinda al momento,
Y el suriano, valeroso,
Contesta con su desprecio
Por fin, van á dar las voces
De que se rompan los fuegos,
Con vergüenza de la patria,
Con deshonra para el pueblo,
Para los buenos patriotas
Con desprestigio y con duelo.
Guerrero presiente el triunfo,
Pero se oprime su pecho
Al mirarse victorioso
De amigos y compañeros.
“Vé á Rosains—dice de pronto

A entendido mensajero,—
 “Y dile que venga al llano,
 “Solo, que yo haré lo mismo.”
 Parte veloz el enviado,
 Toca Rosains parlamento,
 Y se juntan en el llano
 Como se tiene propuesto.
 Rosains, que lleva desnuda
 La espada, advierte á Guerrero,
 Y éste, con calma y grandeza,
 Arrojándola muy léjos,
 Dijo: “¿Ya veis esas fuerzas?
 “¿Ya conoceis su ardimiento?
 “¿Conoceis que no es posible
 “Que resistais á su esfuerzo?
 “Pues yo por mí y sin amagos,
 “En vuestras manos la entrego
 “Porque sé que sois mi Jefe,
 “Y cual soldado, obedezco,
 “Que así lo exige la patria,
 “Y así por su bien lo quiero.”
 Rosains le estrecha en sus brazos;
 Y las tropas que esto vieron,
 A México vitoreaban
 Con lágrimas de contento,
 Proclamando como triunfo
 La grandeza de Guerrero.

ROMANCE DEL ASALTO DE CÓPORO Y MUERTE DE ABARCA.

I

Tiene de Cóporo el cerro
 En su cima dos alturas:
 Es una plana y extensa,
 Otra corta y puntiaguda,
 Y ambas están separadas
 Por hondonada profunda:
 Por donde quiera le envuelven,
 Donde quiera le circundan
 Lisas, colosales peñas
 Que al parecer se derrumban
 Sobre inmensos precipicios
 Y cimas en que se ofusca
 La vista desvanecida
 Que no mira el fondo nunca.
 Como cortados á pico
 Paredones se columbran

Que hacen más inaccesible
 La cima, que casi ocultan.
 Don Ramon Rayon el bravo
 Allí se apresta á la lucha,
 Tras de débiles trincheras
 Mal construidas é inseguras,
 Y allí el honor de la patria
 Se robustece y escuda.
 Hay dos puntos vulnerables
 Que á los tímidos asustan:
 Uno al frente, otro al costado
 Por una vereda obtusa
 Que pudiera aprovecharla
 Tan sólo la audacia suma.
 Llano, que sitiaba el fuerte,
 Forma en su tienda una junta,
 En que muestra sus recursos
 Y hace presentes sus dudas,
 Y ni sus planes de ataque
 Ni sus temores oculta;
 Sólo Iturbide disiente
 Del parecer que consulta
 Llanos, con cálculos ciertos
 Y razones muy sesudas.
 Quiere él que se ataque el fuerte
 En una embestida ruda,
 Y la vereda del flanco,
 Perdiéndose gente mucha,

Pero da tras el esfuerzo
 La victoria por segura
 Otro plan al fin se acepta,
 Y va á comenzar la lucha.
 Llano ántes le da á Iturbide
 El mando; dice que triunfa,
 Ensalzando sus talentos,
 Y su valor y su astucia.

 II

Ántes de que el tres de Marzo
 Alumbre la rubia aurora,
 Frente á Cóporo Iturbide
 Hace atrevidas maniobras,
 Y se prepara al asalto
 Su alma ardiente y ambiciosa,
 Viendo bosques de laureles
 Que alumbran soles de gloria.
 Ocupa de honor el puesto
 Don Vicente Filisola,
 Capitan de Granaderos,
 Esforzado hijo de Roma;
 Mas que sirve en las banderas
 De la falange española.
 Marcha allí don José Pérez,
 Don Pio Ruiz, á quien abonan

Hazañas que en varios tonos
 Ha repetido la Historia.
 Y se encarga la reserva,
 Con frases adulatoras,
 Al bravo Francisco Falla,
 Capitan de la Corona.
 Manda airosos escuadrones
 De brava y fogueada tropa,
 Señor don Pedro Monsalve,
 Cuya espada poderosa
 Está teñida en la sangre
 De renombrados patriotas.
 Y no contento Iturbide
 Con armas tan ventajosas,
 Pretendiendo con engaños
 Asegurar la victoria,
 Finge le llega una carta,
 Que lee con voz estruendosa,
 En que le dicen del Fuerte:
 "Que embista sin gran zozobra,
 "Que ellos tirarán á lo alto
 "Si las vidas les perdona
 "Y si les dan lo ofrecido
 "Por tal y tal cual persona."
 Entretanto, los del Fuerte
 Velan, cuidan, inspeccionan,
 Sin permitir al silencio
 Un respiro, una voz sola.

Mas la gente está resuelta,
 No hace ruido ni una hoja,
 Todo parece desierto,
 Envuelto en espesas sombras.

De un can de repente se escucha el ladrido
 Que suena en la cumbre de Cóporo, audaz,
 Y el fuego responde, repítese, cunde,
 Formando en instantes incendio voraz.

Entre olas de fuego se miran trepando
 Feroces realistas, que el Fuerte al tocar,
 Rechazan las piedras, y bajan rodando
 Entre hondos gemidos y recio avanzar.

De Pérez se arriesga la fiera columna,
 Cual tromba marina, la cerca á romper,
 Y hercúlea falange de horrendos titanes
 Peñascos arrojan de inmenso poder

Entonce el despecho recurre á la llama,
 Y alumbra, tremenda, matanza y horror;
 La vida no es nada delante el espanto,
 Se busca á la muerte temiendo al dolor.

Parece luchando volcan encendido
 Con furia tremenda de horrísono mar;
 Retiemblan las cimas con cada estallido,
 Y sangre las peñas parecen llorar.

Allí la fortuna os vió moribundos
 Garrido, Codallos, valiente Obregon;
 Allí revelaste con noble entereza
 ¡Oh buen Filisola! tu gran corazón.

Las peñas, los troncos que ruedan ardiendo,
 Dispersan la gente, y huyendo se ven,
 Dementes de espanto, los bravos realistas
 Que al criollo ¡insensatos! creyeron vencer.

Que viva la Patria, que México viva,
 Repite en sus ecos la voz del cañon;
 Honor á los libres, ¡oh Patria adorada!
 ¡Al fin la victoria feliz sonrió!

De Cóporo la victoria
 Contenta á los iusurgentes,
 Y los hermanos Rayones
 Recogen puros laureles,
 Don Ramon por sus trabajos,
 Don Ignacio como Jefe,
 Que ántes de romperse el fuego
 Aparece de repente,
 Y don Ramon, generoso
 Con gusto se le somete.
 El Virey arde de enojo,
 Y en secreto reconviene
 A Llanos, porque se aleja,

Aunque con frases corteses.
 Iturbide, por el voto
 En que de Llano disiente,
 Por su arrojo en el combate,
 Y por miles de actos crueles,
 Del poder sigue mimado
 Y en el favor se mantiene.
 Pero camina furioso
 Entre su dispersa gente,
 Sediento de sangre humana,
 Que tirano doquier vierte.
 Dirígese á Guanajuato,
 Donde Orrantia, por dos veces
 De la fortuna triunfante,
 Ha vencido á los rebeldes.
 En tanto, al Virey propone
 Disimulado y aleve,
 Un plan contra del Congreso,
 Por el que Llano se ofende.
 Regueros de sangre marcan
 En esta excursion tan breve,
 De Iturbide el derrotero
 Con matanzas que estremecen;
 Pero puso el sello á todas
 Por villana, y por aleve,
 La de don Bernardo Abarca,
 Que contaré brevemente.

Era de Pátzcuaro Abarca
 Un pacífico vecino;
 Benéfico cual la lluvia,
 Inocente como un niño.
 El Padre Cos, en su marcha,
 Sin miras hostiles, quiso
 Formar allí un regimiento
 De acomodados vecinos,
 Que de tirios y troyanos
 Cuidasen los domicilios.
 A la entrada de Iturbide
 Huyeron los elegidos,
 Ménos don Bernardo Abarca,
 Por hallarse en el conflicto
 De tener su esposa enferma
 Sin custodia y sin auxilios.
 Así, aprehendieron á Abarca,
 Y al punto fué decidido
 Le pasaran por las armas
 Como á tremendo enemigo.
 La noticia apénas cunde,
 Y el pueblo lanza gemidos
 Cuando recuerda de Abarca
 La piedad y beneficios.
 Van en tropel las mujeres,
 Llorando acuden los niños,
 El Cura de almas del pueblo
 Ruega á Iturbide, rendido,

Y la desolada esposa,
 De rodillas y en delirio,
 Implora piedad, mostrando
 A sus inocentes hijos.
 Iturbide, al ver tal cuadro,
 Con voz afectada dijo:
 "Sosegaos, noble dama,
 "Salvo está vuestro marido."
 Y llovieron bendiciones
 Sobre el pérfido caudillo.
 Así de Pátzcuaro marchan
 Llevando á Abarca cautivo,
 Y al abandonar Zintzuman,
 Sin más fórmula ni aviso,
 Manda matarlo Iturbide
 Y prosiguió su camino.

SEGUNDO ROMANCE DE ITURBIDE.

¡Oh! cuál tiembla mi mano
Tocando irreverente
Los lauros de una frente
Que mi alma tanto amó;
Y que adoró mi padre
Con ánimo tan fuerte,
Que hasta su misma muerte
Incrédulo negó.

Ejército que flotas
En las memorias mías,
De las tres garantías
Alzando el pabellon:
Si hoy al héroe de Iguala
En mi dolor sepulto,
¿Qué queda de su culto
Al triste corazón?

Pero la Historia "escribe,"
 Grita con voz severa,
 Y se impone altanera
 Al bardo nacional,
 Dictándole estas líneas
 De atrocidad y espanto,
 Líneas que borra el llanto
 Sobre ellas al pasar.

Los seides de Calleja,
 A fuer de valerosos,
 Desátanse rabiosos
 Contra el pueblo infeliz.
 Y el robo y el incendio,
 Y estupro y matanza,
 Fueron horrible usanza
 De la legion servil.

Descuella incontrastable,
 Con gozo de la Corte,
 El Jefe que del Norte
 Mandaba en la region.
 Guanajuato en un tiempo
 Tambien le acusó ardiente,
 Y un velo trasparente
 Su causa conservó.

Mandaba que el vencido
 Cavase con premura
 Su propia sepultura,
 Gozándose en su afan.
 Y sin dar á su furia
 Ni tregua ni sosiego,
 Él ordenaba el fuego
 Con júbilo brutal.

Así á un capricho inmola
 Al íntegro Noriega,
 Sin que á la furia ciega
 Se pida la razon.
 Así del Padre Luna
 Se cuenta la leyenda
 Que conservó tremenda
 La horrible tradicion.

A Luna el buen amigo,
 El viejo compañero,
 Le toma prisionero,
 Obséquiale jovial.
 Le brinda refrigerio,
 Se muestra complaciente
 Y al fin indiferente.
 Le manda fusilar

Y callará mi pluma
 Sus gustos y placeres,
 Y el bando en que á mujeres
 Hizo feroz quintar

Al punto, que Calleja
 Retrocedió espantado,
 Y le ordenó al soldado
 Su furia refrenar.

Absuelto fué Iturbide,
 A lá opinion burlando,
 Pero de Jefe el mando
 Jamas reconquistó,
 Hasta que oculta intriga
 Lo alzó con entereza,
 Cercado de grandeza
 Con mágico esplendor.

ROMANCE DE TERÁN Y DE LOS INSURGENTES.

“ Aliento, aliento, insurgentes,
 Que el sepulcro de Morelos
 Más que llanto, necesita
 De venganza y de trofeos.
 Para brillantes laureles,
 Muchos conquistóse el muerto,
 Y más grande le miramos
 Y nos dió más grande ejemplo
 En la prision y con grillos,
 Que vencedor y contento”
 Esto Terán predicaba
 En Tehuacan con esfuerzo;
 Y Luna, Arroyo, Machorro,
 Le secundaban con celo.
 Victoria dice á los suyos
 Cuando escucha tales ecos:

"Una luz falta en la tierra,
 Y hay un sol más en el cielo
 Que dirija nuestros pasos
 Y aliente nuestros derechos."
 Osorno en Apam exclama:
 "Sangre con sangre borremos;"
 Y se distingue impasible,
 Pero imponente, á Guerrero.
 En el Sur, Bravo y Galeana
 Dan señales de su duelo,
 Ahuyentando á los serviles
 Y levantando á los pueblos.
 En Valladolid, Correa,
 Torres y sus guerrilleros,
 Empeñan fieros combates,
 Sostienen rudos encuentros;
 Por todas partes se siente
 Del huracan el aliento.
 Era, como derribado
 Por la llama el alto cedro,
 Que derramando centellas,
 Y que atizando el incendio,
 En mar convierte de lumbre
 Lo que sombra fué un momento.
 Calleja airado contempla
 De la guerra el cuadro fiero,
 Y aconsejando á los suyos,
 Que son furias del averno,

Que lleven el exterminio
 A sus últimos extremos;
 Y sabedor que sin órden
 Se esteriliza el esfuerzo,
 Orden, cautela y astucia
 Oponiendo al pueblo ciego,
 Trajo á su lado el auxilio
 De nuestro destino adverso.